

José Comblin, S.T.D.
Profesor de Teología dogmática en la Facultad
de Teología de la Universidad Católica de Chile

PROBLEMAS CONTEMPORANEOS DE LA FE

I

DURANTE mucho tiempo se ha considerado el problema de la fe como un problema teórico y se ha pensado que la respuesta a este problema se encontraba, ya en una buena apologética, ya en una buena teología. Así, se ha colocado el énfasis en los problemas de los conflictos entre la fe y la ciencia, o la técnica, o los valores humanos, o la razón, o la naturaleza.

Sin descuidar la importancia de las razones teóricas, hoy día se estima cada vez más que la problemática habitual es muchas veces estrecha e ineficaz, como así mismo las soluciones de la apologética y de la teología.

Es verdad que en el siglo pasado, una mala presentación de la fe había realmente hecho nacer conflictos con la razón, la ciencia, el progreso, etc. Pero estos conflictos teóricos están ahora sobrepasados y no dan lugar sino a combates de retaguardia.

Es verdad, también, que de estos conflictos anteriores, nuestro mundo actual ha recibido en herencia, colecciones de objeciones, de críticas y de dificultades contra la fe. Se continúa, de generación en generación, repitiendo siempre las mismas objeciones. Se las puede refutar cien veces, ellas renacen siempre. De hecho, después de Fontenelle y Voltaire no han variado en nada.

Podríamos, aún, refutarlas cien veces, ellas servirán siempre. Creemos, en efecto, que no se trata allí sino de razones teóricas, que no son las verdaderas razones de la incredulidad. Los que no quieren creer más, las utilizan para defenderse contra los cristianos y para aporrear a los apologistas empeñados, "Démosles las objeciones clásicas. Se turbarán. Les haremos perder tiempo". En el fondo son trampas para desembarazarse de adversarios molestos. Si se les refuta, se darán otras. Como la lista de las objeciones tradicionales es bastante larga, se necesitará mucho tiempo para refutarlas todas y se espera que los defensores ingenuos de la fe se desalentarán antes de haber terminado la serie.

De ahí, que la discusión de las dificultades teóricas contra la fe, sea tan vana, tan inútil a menudo. Dejarse sorprender es caer en la trampa del adversario.

En casi todos los países de tradición católica, las verdaderas razones de la incredulidad contemporánea, ya no se encuentran en las filosofías no cristianas.

No es común que se abandone la fe, porque se está convencido de la *verdad* de la filosofía marxista o de la *verdad* del existencialismo ateo. En general, se ha decidido no creer más, antes de admitir la verdad de esta filosofía. Por otra parte se llega a ser marxista u otra cosa, más a menudo, para encontrar un sistema de vida, que para encontrar la verdad.

Esto explica también, por qué, muy a menudo, es inútil refutar las filosofías ateas. Los motivos de la incredulidad son más profundos, o al menos más personales. Las filosofías son mantos con los que se reviste, luego, para salvar la apariencia y darse importancia.

¿Por qué, pues, hay tanta incredulidad en los países de tradición católica?

Conviene desconfiar de las razones que dan los mismos incrédulos. Cuando ellos dan sus razones, siempre hay mucho de agresividad, mucho de apología personal, mucho de resentimiento, para que se les pueda creer. La situación de un incrédulo en un país de tradición católica es siempre una situación sentimentalmente compleja. Lleva consigo siempre complejos de defensa o resentimiento. El incrédulo se siente juzgado, condenado, y condenado severamente. *A priori*, se puede suponer que no le será posible decir serenamente sus razones. Aun cuando él adopte el tono de la serenidad, se puede suponer una serenidad forzada, una serenidad fingida. Se trata pues de alguien que se siente acusado de no tener la conciencia en paz. Le corresponde, pues, demostrar que tiene la conciencia en paz. Por otra parte, no es del todo cierto que los incrédulos —hablamos siempre de países de tradición católica— sean muy conscientes de los motivos de su incredulidad, es decir, de los motivos últimos y verdaderos. Es por esto, que es necesario interpretar con prudencia las encuestas sociológicas.

No se puede jamás tomar literalmente las declaraciones hechas en las respuestas a las encuestas. Si los testimonios recogidos invocan tal o cual objeción, no se puede concluir nada en cuanto a su verdadera psicología.

Si, por ejemplo, 50% de las respuestas dicen que el motivo de la incredulidad es la incompatibilidad entre la ciencia y la fe, no se puede concluir que en el 50% de los casos esta razón es de hecho una razón de la incredulidad. Todo lo que se puede concluir es esto: cuando se pide a la gente las razones de su incredulidad, en el 50% de los casos ellos responden que es la incompatibilidad entre la ciencia y la fe. Esto no nos da ninguna luz sobre su psicología real sino solamente sobre su comportamiento frente a los encuestadores.

Traemos a colación estas consideraciones elementales de crítica histórica para colocar en su verdadero lugar los métodos sociológicos y para que no se pierdan de vista sus limitaciones.

Para comprender a los incrédulos no podemos partir solamente de sus declaraciones; mucho menos de sus declaraciones públicas.

II

Señalemos en primer lugar, algunos hechos de observación corriente. Se puede verificar que es lo más frecuente, cuando se declara una crisis de la fe, que haya un conflicto con el sistema eclesiástico, y en particular, de una manera muy especial,

con el clero. Esto es muy importante, pues es muy probable que el conflicto religioso y la rebelión contra la fe, no sean sino la consecuencia, muy a menudo, de un conflicto con el sistema eclesiástico.

A *priori*, se puede esperar esto. En un país de tradición católica, el clero representa una autoridad social conocida de todos y que se muestra públicamente. Sería el caso de analizar de una manera sistemática, todos los componentes psicológicos de un medio en que se impone así una paternidad espiritual tan visible.

¿Cuántos factores inconscientes, resentimientos turbios, no provoca el clero, nada más que por su existencia como cuerpo público? El clero representa socialmente un cierto orden moral. ¿No es acaso captado como un juez, un censor de todas las debilidades morales? ¿No es acaso el clero percibido como un factor inconsciente de opresión moral, sobre todo por aquéllos que tienen con él pocas relaciones humanas y personales y solamente relaciones sociales, funcionales?

No queremos hablar aquí de las objeciones corrientes contra los sacerdotes avaros, egoístas, flojos, explotadores, ricos, amigos de los ricos, etc. En realidad, el resentimiento contra el clero no tiene mucho que ver con las virtudes reales de éste. No debemos dar mucha importancia a estas objeciones que no son sino razones conceptuales dadas para justificar un resentimiento inconsciente, más profundo, y más difícil de definir.

Es muy poco probable que si el clero tuviese más virtudes, recibiría menos objeciones. Son a menudo los sacerdotes más pobres a quienes se acusa de ser ricos, etc. En realidad, hay algo que tiene que ver con la esencia misma del clero, o al menos con su manera de presentarse socialmente.

Detrás de la incredulidad hay a menudo una especie de rebelión inconsciente contra la paternidad del clero, sentida como absorbente, opresiva o abusiva. Puede darse el caso de que el sujeto diga que por el contrario, él tiene una gran admiración por los sacerdotes, pero que no tiene fe. No debemos aceptar literalmente estas afirmaciones. Es necesario ver lo que ellas esconden realmente. Es posible que el mejor clero sea también el que suscite la mayor incredulidad. El problema es saber por qué.

Sería tal vez necesario ver si no se impone más discreción social del clero, una especie de ocultamiento aun en las instituciones eclesiásticas. Se trata de una discreción que afectaría tanto las figuraciones públicas del clero, como su estilo, la manera de hablar y de escribir, la manera de juzgar; en pocas palabras, que afectara toda la herencia clerical, como fuerza y paternidad social, que nos ha transmitido el pasado de los países de tradición católica.

No exponemos esto como un juicio definitivo, sino como un objeto de reflexión y de estudio.

III

Una segunda consideración previa es la siguiente. La crisis de la fe y la adopción de la incredulidad, las más de las veces, ocurren en situaciones bien definidas de la vida concreta. De hecho, se comprueba que la incredulidad en la mayoría de los casos, tiene su origen en las situaciones siguientes: la crisis de la formación de la personalidad de los adolescentes, la entrada al trabajo en los obreros o intelectuales, y también la iniciación en el matrimonio. Más allá de estas circunstancias, es muy

poco probable que se dé entre nosotros un problema de fe: o bien se permanece en la fe y la práctica religiosa, o bien se permanece en la incredulidad.

Esto nos hace pensar que no se trata directamente de un problema de la fe, sino más bien de un problema de la vida. La dificultad en creer estará ligada a una dificultad de adaptación a la vida.

Veamos esto un poco más de cerca.

En nuestra sociedad urbana actual, los jóvenes están visiblemente abandonados a su suerte para resolver los problemas de la vida.

Veamos el problema de la adolescencia. Consiste para ellos en encontrar el equilibrio de su personalidad; en el integrarse en su vocación personal y en la sociedad. Ahora bien, cada vez más los adolescentes deben resolver sus problemas solos y abandonados a sí mismos. La autoridad de los padres, de los profesores y de la sociedad es cada vez más débil. Sexualmente los adolescentes son abandonados al despertar de sus sentidos y de su conciencia sexual; son abandonados a las solicitudes exteriores multiplicadas sin freno y sin control por la publicidad comercial a la cual ya no reprime más una autoridad social que ha llegado a sentirse avergonzada de sí misma.

Los adolescentes se encuentran ante una tarea desproporcionada. ¿Cómo ellos, prácticamente sin ninguna ayuda —salvo el caso poco común de familias responsables o de movimientos de juventudes— podrán resolver solos la tarea de su integración sexual en el orden y la moderación? ¿Cómo van a prepararse al matrimonio? Por el contrario, ante una tarea muy difícil, ocurrirá a menudo que se rebelarán contra una situación imposible: deber ser castos en un mundo que les excita y que nos les ayuda.

La rebelión ante esta tarea imposible, sentida confusamente o vivida inconscientemente como tal, termina en una actitud de rehusarse a creer: se burla de la fe de Dios, de la sociedad, de todo el orden moral. El abandono de la fe no es sino una consecuencia del abandono del orden moral, al cual la fe se presenta ligada socialmente.

No creemos que los adolescentes abandonen la fe para poder pecar más libremente. Esto sería muy simple. No creemos que los adolescentes en general *quieran* ser impuros. Pero se debaten en una lucha que los sobrepasa y que no comprenden. Se rebelan contra la Iglesia, porque les parece que ésta les impone un combate imposible. Se defienden en el escepticismo, y cada uno busca un *modus vivendi*, hecho de concesiones a los vicios y de últimos refugios del ideal de pureza.

El adolescente conoce también el problema de la vocación y de la integración en la sociedad: concretamente éste será el problema de la profesión. También aquí aparece el adolescente abandonado a sí mismo. Se siente débil y desarmado en un mundo cuya ley es: cada uno para sí y Dios para todos; un mundo de concurrencia, donde es necesario imponerse, luchar, defenderse, vencer para sobrevivir. Muy a menudo, ni la familia ni el orden social, dan garantías al adolescente. Ya no sabe qué hacer. Afronta la vida con el temor del fracaso, de ser vencido. El vive en la angustia de los exámenes, de las concurrencias, de las barreras sociales. Siente la presión del grupo que le impulsa a ganar la mayor cantidad posible, y lo antes posible.

Muy a menudo el problema es difícil, parece insoluble: entonces el adolescente se rebela contra un mundo demasiado inhumano. Es el caso de los adolescentes que ingresan demasiado temprano al trabajo. Son bruscamente confrontados con el

mundo de lucha, de concurrencia, de anarquía social que se esconde bajo el nombre de democracia. El adolescente se rebela o se desespera. La fe le parece algo risible. Dios, la religión, el clero le parecen garantizar este orden social que para él es un desorden inhumano. El cree que es necesario endurecerse y rebelarse para poder vencer en la vida. Por lo demás, las humillaciones, las pruebas de todo orden no hacen sino reafirmarlo en esta idea. Los adolescentes en el trabajo son muy a menudo víctimas del medio en que trabajan; víctimas de los más fuertes y más ancianos; víctimas de sus patrones que los abandonan a su suerte y de sus familias que no les ayudan ni saben comprenderlos. Pierden la fe, porque se rebelan contra un mundo que los deja desarrollarse solos. Para defenderse se hacen escépticos.

Los adolescentes son también confrontados con un problema más difícil: el de hacerse una concepción de la vida, una meta, un sistema de valores, un ideal de vida. En esto se sienten, aún más, abandonados a sí mismos. Muy a menudo la familia no les transmite ningún ideal vivo. Muy a menudo, los padres no tienen confianza en su autoridad o en sus propios valores y renuncian a transmitir con autoridad una concepción de la vida.

Los adolescentes son abandonados en un mundo donde todo se discute, donde las ideas se chocan entre sí, donde los puntos de vista se multiplican sin orden, donde los sistemas más diversos se ofrecen con diversos atractivos. ¿Cómo escoger, cómo orientarse, cómo saber?

Ante esta anarquía de ideas, ellos se sienten tentados de reaccionar con el escepticismo, mostrando así su incredulidad. Hay también en esto, una rebelión contra una situación absurda. En efecto es una situación absurda en la que un joven debe, totalmente solo, construirse una visión del mundo, saber separar lo verdadero de lo falso, lo auténtico de lo ilusorio. ¿Cómo podrán, sin experiencia y sin el juicio formado, orientarse en ideas que tienen siglos de existencia?

Se rebelan contra la fe, porque ésta no consigue imponérselos con mayor fuerza. Esperan que alguien los conduzca, los oriente, les muestre el camino a través de los desvíos y de los atajos de las ideas. Es poco común que un joven orientado por un sacerdote entregado y un poco perspicaz, llegue a ser incrédulo. Pero, ¿cómo encontrar este apoyo?

La impresión del absurdo de la vida, del desorden o anarquía de la sociedad, de anonimato de la vida colectiva, son impresiones de los adolescentes contemporáneos, porque el adolescente contemporáneo ha sido dejado solo, abandonado a sí mismo para hacer su camino en la vida, y esto constituye una situación inhumana. No es el mundo lo que es absurdo. Es la autoridad del educador la que ha fallado.

Esta crisis que se podría llamar metafísica, se produce con frecuencia cuando se ingresa en un colegio neutro o de tonalidad escéptica o arreligiosa, o en el ingreso al trabajo: es decir, cuando el adolescente es abandonado en la feria de las ideas, sin tener un guía.

El peligro no viene de las ideas mismas; no viene de las objeciones contra la fe. Viene de la situación de angustia y de desesperación en que caen los jóvenes entregados sin guía a los problemas que sobrepasan sus capacidades.

Para las jóvenes —al menos para aquéllas que no trabajan en un medio muy duro— es a menudo en sus primeros años de matrimonio, cuando caen en la increduli-

dad. Antes del matrimonio, ellas tienen con frecuencia, una concepción solamente romántica de la vida, sin desarrollar sus virtudes femeninas, esperando la dicha de un milagro. El matrimonio les trae rápidamente la desilusión: trae consigo los problemas del carácter del esposo y su adecuación a él; el problema de los nacimientos con todos los problemas morales que esto trae consigo. En la incapacidad de superar estas dificultades, las jóvenes se dejan desalentar y abatir por los primeros fracasos. Nadie les ha mostrado los obstáculos y la manera de luchar y de vencer. Se rebelan contra la fe, porque ellas se rebelan contra la vida que les parece injusta.

IV

En todos estos casos, detrás del problema de la fe, está en realidad un problema de integración en la vida. Ante la dificultad concreta, en su estado de soledad moral —esta soledad moral es el verdadero problema de los jóvenes contemporáneos—, los adolescentes se rebelan contra la fe, porque ésta les parece súbitamente irrisoria, ridícula, incapaz de guiarlos en su crisis personal. En realidad, no es la fe la que falla, sino un guía que sea capaz de dar la aplicación concreta en una situación difícil. No son las razones teóricas las que faltan, sino la persona que, con autoridad y tacto, sea capaz de ayudar a los jóvenes a encontrar su lugar en el mundo.

El conflicto con la Iglesia se produce, porque la Iglesia tiene la apariencia de un poder establecido, seguro de sí mismo. El clero no tiene problemas. Su convicción, su seguridad, la soltura de la Iglesia en el mundo, parecen una ofensa a quienes luchan en la confusión. La tranquilidad de aquéllos que profesan su fe se vuelve contra ellos.

Sin duda los hombres en crisis no saben exactamente lo que pasa en ellos. Para expresar su resentimiento, ellos adoptarán las primeras objeciones que su medio les proporcione. No les faltará jamás un periódico, un amigo, un folleto de propaganda, que les entregue los elementos para alimentar su rencor.

La crisis toma proporciones dramáticas cuando afecta a una clase social en su totalidad. Se llega a que miles de hombres viven simultáneamente, unos al lado de otros, en el mismo medio, una crisis de integración, y que han de llevarla con la misma impresión de abandono y de confusión. Entonces nace la conciencia de ser “los condenados de la tierra”. Es el caso de la clase obrera que se forma a partir de los campesinos desarraigados. Todos los problemas aparecen simultáneamente: encontrar trabajo, hacerse una situación, encontrar valores, reencontrar su camino en el choque de todas las ideas que circulan en la ciudad.

Ahora bien, con mucha frecuencia, estos problemas permanecen mucho tiempo sin solución y la sociedad parece indiferente ante ellos. Clases sociales enteras viven en este momento una crisis de adolescencia y la resuelven con la rebelión. La rebelión contra la fe es una forma de la rebelión contra la sociedad.

En estas clases sociales la religión parece una cosa artificial, una teoría sin valor real, sin aplicación, una burla de la miseria humana, una ofensa para los que luchan: como esas estatuas de la Virgen con una sonrisa inerte sobre un pueblo que sufre y gime.

V

El clero por estar integrado en la sociedad, porque parece encarnarla —al menos en los países de tradición católica— puede ser causa de un resentimiento provocado por ligar su existencia sólo a esa sociedad.

En estas condiciones, se llega a ser incrédulo por el solo hecho de entrar en una determinada clase social.

Es necesario señalar que no es solamente la clase obrera la que puede encontrarse en esta situación. En América Latina, muy a menudo, la clase media, más educada, más consciente, siente más vivamente que los obreros, estos problemas. Su situación es, con frecuencia, moralmente más insoportable. Se trata especialmente de los pequeños intelectuales o de los estudiantes pobres. Ellos serán quienes proporcionarán los mejores militantes a los partidos revolucionarios.

El resentimiento es la mayor fuerza que une a las clases en estado de crisis. Es natural que los jefes, los partidos, los grupos de influencia se apoyen en el resentimiento para establecer su acción. Es así como nacen los partidos anticlericales y antirreligiosos. Cuando estos partidos han tomado forma, terminan por canalizar enteramente los sentimientos del medio. Llega a ser imposible mantener una fe cristiana sin el heroísmo de una lucha permanente.

Es probable que el comunismo, ante todo cuente con este resentimiento contra la sociedad y la Iglesia, que es uno de sus símbolos. De ahí se ve que para combatir el comunismo no basta mostrar que es anticristiano. Es posible que sea precisamente por ser anticristiano que es atrayente. Da una expresión a la rebelión latente contra la fe y la Iglesia. Será el partido más anticlerical el que obtenga la adhesión de estas fuerzas.

En estas condiciones, poco interesa discutir sobre los principios. Son estos mismos, los que por su estabilidad que ofende, provocan el resentimiento. Son los principios los que parecen burlarse de las dificultades concretas de la gente.

Para que la fe sea posible, es necesario que los cristianos como personas, puedan mostrar a las masas en estado de crisis, el camino de la solución. Es necesario poder guiar la evolución, ayudar a encontrar una concepción de vida, una metafísica simultáneamente con un trabajo y un medio de vida humano.

Si la fe no considera este aspecto de asistencia concreta y dinámica no dejará de suscitar la hostilidad, cualesquiera que sean las virtudes —consideradas objetivamente— de aquéllos que la representan.

No abordamos aquí el problema de la evangelización. Hay grupos sociales que son colectivamente incrédulos, porque no han recibido el anuncio del Evangelio, o porque la Iglesia no se encuentra entre ellos presente y activa. En este caso, no hay un problema de la fe. La gente no se niega a creer. Ellos no conocen nada. El problema no consiste en superar su incredulidad, sino más bien en llevarles la fe.

Es el caso de las poblaciones transplantadas que la Iglesia no acompaña en su desplazamiento. Es el caso de las masas campesinas que se van a vivir a las ciudades, formando nuevos barrios donde no hay todavía parroquia, o algún medio que sea suficiente para establecer con la Iglesia un nuevo contacto.

Nos encontramos más en un estado de ausencia de fe, que en un estado de incredulidad. Con frecuencia nos encontraremos también ante un estado intermedio, entre los dos que hemos mencionado anteriormente. Se trata de masas en estado de crisis y de masas no privadas del todo de evangelización, pero insuficientemente catequizadas.

VI

A manera de conclusión, podemos señalar que la solución a los problemas contemporáneos de la fe se encontrará con frecuencia, no en la teología sino en un conocimiento más perfecto de los hombres que se enfrentan con las dificultades de la vida.

Es necesario saber escoger los temas evangélicos y dogmáticos que convienen a la situación en que se encuentran nuestros interlocutores. No debemos intentar enseñarles todo el catecismo cuando ellos no están en disposición para recibirlo.

Conviene, sobre todo, presentarles una visión del cristianismo que, más allá de la letra, les permita ver el espíritu del cristianismo.

Esto supone no solamente el conocimiento de la teología y de sus recursos, no sólo el conocimiento de los hombres y de sus problemas, sino además una larga experiencia de las afinidades que existen entre tales temas cristianos y tales situaciones personales.

Es necesario concluir también que con la mayor frecuencia, la catequesis será vana e ineficaz, si ésta no se presenta en un contexto humano más completo, encuadrada dentro de una simpatía que actúa y de una colaboración discreta.

Cuando se trata de clases sociales en estado de crisis, en estado de rebelión latente, no es posible presentar el Evangelio si no en el cuadro de un movimiento social que compromete la sensibilidad, las aspiraciones, las inquietudes y la acción de los hombres; aún más, es necesario que este movimiento muestre visiblemente el mayor entusiasmo, la mayor dedicación, y la mayor sinceridad al servicio de la liberación de todas las inquietudes. Puede tratarse de la clase obrera, de la clase media en situación difícil, de los campesinos en rebelión, o de los estudiantes. El movimiento será diferente, pero el principio es igualmente válido.

La conversión de los obreros, de los estudiantes, de los pequeños burgueses proletarios o de los campesinos en mutación, en todos los casos su formación religiosa no puede ser pensada sino en el cuadro de una amplia colaboración humana a sus movimientos sociales (lo cual no quiere decir que esto se realice encuadrado en movimientos sociales confesionales).

Cuando se trata del problema de la fe de los jóvenes y sobre todo de los adolescentes, la experiencia indica que en los medios urbanos modernos solamente perseveran en la fe y en la confianza en la Iglesia, los adolescentes que de una u otra manera son acogidos en un movimiento de juventud católica. La religión se transmite y se mantiene en este cuadro humano y en el contexto que les suministra la respuesta a sus problemas de adolescentes.

Ni la familia, ni la catequesis, ni la parroquia, pueden garantizar la perseverancia de los jóvenes. Las fórmulas de los movimientos de juventud, pueden ser diversas, más o menos discretas o públicas; de todas maneras, son siempre indispensables.

Los jóvenes hacen el descubrimiento de la fe en la lucha que llevan a cabo para darse una razón de vida, una concepción de la vida, un trabajo adaptado a sus fuerzas, un equilibrio moral.

Si el problema de la fe es con la mayor frecuencia, en los casos concretos un problema de vida, la solución será para los casos concretos, una concepción concreta, práctica de la vida, vivida realmente con los hombres que ya han encontrado la fe en el equilibrio y el equilibrio en la fe.